

En la misma noche y al día siguiente, 1.º de abril, todos esos hombres revoltosos que se precipitan en el torrente de las revoluciones, unos en beneficio propio y otros por el placer de mezclarse en ellas, iban y venían sin cesar; y del palacio de Mr. de Talleyrand corrían á las casas de los personajes cuyo concurso era necesario, como principalmente los senadores. Por ninguna parte había que temer mucha resistencia, pues para todo el mundo Napoleón vencido era Napoleón destronado. No hay duda que entre el pueblo de París existía algún sentimiento por el gobierno guerrero que durante tanto tiempo había hechizado su imaginación, y que algunos días antes parecía aún el defensor de sus muros; pero si exceptuamos el pueblo de algunas ciudades y sobre todo los labradores, cuyas chozas habían sido destrazadas, la paz, consecuencia segura de la caída de Napoleón, era para toda la Francia un inmenso alivio. Por lo demás, entre aquellos que intervienen más directamente en los acontecimientos, era muy general el ardor hacia un nuevo estado de cosas. Los antiguos revolucionarios, sin pensar que eran los Borbones los que iban á reemplazar á Napoleón, se entregaban al placer de la venganza contra el 18 brumario. Los hombres sensatos reconocían en lo que estaba sucediendo la consecuencia, tantas veces pronosticada, de las locas temeridades que ellos habían deplorado y de un poder sin contrapeso. Los que se ocupaban particularmente de sus intereses, buscaban la fortuna para ir hacia ella, y no viéndola por donde estaba Napoleón, volvían sus miradas á otra parte. Con disposiciones tan unánimes, no había que temer que el senado se acordara de su larga sumisión para avergonzarse ó para perseverar en ella. Ordinariamente el hombre se incomoda contra aquel que le ha impuesto una larga sumisión, y lejos de ser ésta un estorbo para el pudor, es por el contrario un pretexto para la ingratitude. El fiel é infortunado duque de Vicence había podido convencerse de esta verdad en aquel mismo día 31 de marzo, y en la noche que siguió, pues al salir de casa del emperador Alejandro no había cesado de visitar uno tras otro á los numerosos personajes que, con varios títulos, habían servido al gobierno imperial y podían prestarle útil socorro en aquella situación suprema. Parecíale que invocando la fe prometida, ó al menos la gratitud, pues no había entonces una fortuna que no fuese debida á Napoleón, se conseguiría afirmar la fidelidad en los corazones, y que si los soberanos aliados, muy cuidadosos en contemporizar con el sentimiento público, le encontraban un poco persistente en favor de Napoleón, se detendrían, y en vez de hacer una revolución, se limitarían á hacer la paz, obra para la cual Mr. de Caulaincourt estaba preparado entonces. Con efecto, esta vez había decidido firmemente violar sus instrucciones, y aunque debiera ser desaprobado en Fontainebleau, estaba determinado á firmar en París la paz de Chatillon.

Pero su correría no interrumpida durante veinticuatro horas, le consternó, le indignó y llenó de desprecio hacia los hombres á quienes no conocía bastante por haber podido esperar lo que le sucedía. Recto, áspero y sensato, Mr. de Caulaincourt no tenía ese profundo conocimiento de los hombres que quita todas las iras quitando también todas las sorpresas. El infortunado pasó aquellos dos días asombrándose y arrebatándose

alternativamente. Su primera visita se dirigió al palacio de San Florentino, y allí no experimentó sorpresa alguna, pues no ignoraba las justas quejas de Mr. de Talleyrand y le parecía muy natural su conducta. Sin embargo, había querido hacerle observar otra. «Es demasiado tarde, le dijo el gran actor de la escena del día; ya no hay que ocuparse de Napoleón sino para disponerle un retiro lejano. Es un insensato que lo ha perdido todo, que todo debía perderlo y de quien no debemos volver á hablar. Decidíos y pensad en vos. Vuestra honrosa nombradía y la amistad del emperador Alejandro os aseguran un puesto bajo todos los gobiernos. Ocupaos de vuestra persona y olvidad á un soberano á quien importunaba al fin vuestra rectitud.» Mr. de Caulaincourt, que esperaba este lenguaje en boca de Mr. de Talleyrand, prescindió de aquello que le concernía, y usando del privilegio de una antigua amistad, se esforzó por despertar la inclinación que se había supuesto en Mr. de Talleyrand hacia la regencia de María Luisa, bajo la cual habría podido ser el primer personaje del Estado. «Es demasiado tarde, repitió el príncipe de Benevento. He querido salvar á María Luisa y á su hijo, deteniéndolos en París, pero una carta de ese hombre predestinado á perderlo todo vino á decidir la marcha para Blois y á producir el vacío que tratamos de llenar. Os repito que renunciéis á vuestros sentimientos: todo ha concluído para Napoleón y los suyos; pensad en vuestros hijos, y dejadnos salvar á la Francia por los únicos medios que hoy día podemos emplear.» Mr. de Caulaincourt, encontrando á Mr. de Talleyrand irrevocablemente comprometido en favor de los Borbones, desesperó de ejercer sobre él ninguna influencia. Se despidió de él y atravesando al salir de su gabinete por en medio de un grupo compuesto de funcionarios del imperio, donde el abate de Pradt se expresaba, según costumbre, sin la menor reserva, Mr. de Caulaincourt, que se acordaba de las largas adulaciones del arzobispo de Malinas, no pudo contener un movimiento de indignación, se fué derecho á él, y no le dejó otro asilo que la escalera del palacio de San Florentino. Todos rodearon y quisieron calmar á Mr. de Caulaincourt diciéndole que le extraviaba su honrosa fidelidad, que estaba equivocado, y que era preciso en fin abrir los ojos á la evidencia. «¿Y por qué no se han abierto antes?, exclamó Mr. de Caulaincourt, dirigiéndose á todos aquellos hombres que habían sido ardientes partidarios del imperio; ¿por qué no se han abierto antes de ahora? Ayudándome un poco hace seis meses, hubiéramos podido detener en el borde del abismo al que hoy llamáis un loco, un extravagante, un déspota insufrible.» A esto no contestaron más que volviendo la cabeza y repitiendo que Napoleón lo había perdido todo. Mr. de Caulaincourt cada vez más desolado acudió á visitar á algunos senadores. Pocas puertas vió que no permanecieran cerradas ante su nombre, en otro tiempo saludado con tantos honores.

Éstos estaban ausentes, aquellos fingían estarlo; sin embargo, algunos cogidos de improviso se dejaron ver y entre estos últimos unos parecían confusos, consternados, y trataban de ocultar con profundos gemidos la visible resolución de hacer todo cuanto pudieran exigirles; otros, más osados, alzando de repente la voz, decían que era tiempo de pensar en la Francia demasiado sacrificada á un hombre que la había comprme-

tido gravemente y que iba á concluir de perderla si no se apresuraban á arrancarla de sus manos. «¿Sacrificada por quién, decía Mr. de Caulaincourt, sino por aquellos que hoy día observan por primera vez que el héroe, el dios de la víspera, es un insensato, un déspota, que es preciso precipitar del trono para la salvación de la Francia?» Pero por justas que fueran las reflexiones del duque de Vicence, no reparaban nada, y veía muy bien que la causa de Napoleón estaba perdida ya; que cuando más abandonando al padre salvarían tal vez al hijo, pero que apenas tendrían tiempo para esto, pues la rapidez de los acontecimientos era espantosa. Además, aunque indignado con el espectáculo que tenía á la vista, conocía que lo que se decía, aunque estaba muy mal en aquellas bocas, era sin embargo tan verídico, que con frecuencia á punto de rebelarse, concluía por bajar la cabeza, y por alejarse en silencio, como si él hubiese sido el culpable á quien se dirigían las justas recriminaciones que por todas partes resonaban. Desesperando, pues, de poder detener al senado, se había decidido á dirigirse á Alejandro y al príncipe de Schwartzemberg, para salvar alguna cosa de aquel gran naufragio.

Pero los resultados que Mr. de Caulaincourt no obtenía de los senadores, los obtenía Mr. de Talleyrand, sin dificultad de ninguna especie. Algunos fingiendo indignación, la mayor parte de ellos quejumbrosos, y todos deseando ocupar un buen lugar en el ánimo del hombre que iba á disponer del porvenir, parecían decididos á dar un asentimiento completo á las proposiciones que les hicieran. Un poco más de carácter encontraron en aquellos que, discípulos de Mr. Sieyes, habían formado en el senado una posición inactiva, pero severa. Éstos parecían dispuestos á arrostrarlo todo contra Napoleón, y su dignidad estaba á salvo, pues no le habían adulado jamás: pero su resignación en aceptarlo todo no se había encontrado al nivel de la de sus colegas. Preguntaron si se les quería llevar como vencidos á los pies de los Borbones, y si llamando á esta familia, no pensarían en garantizar los principios de la revolución francesa, y en establecer la libertad inmolada durante tanto tiempo al autor del 18 brumario. Procuraron tranquilizarlos diciéndoles que, independientemente de sus grandes luces, el ex obispo de Autún estaba muy interesado en tomar sus precauciones contra los Borbones, y que, después de haber separado á Napoleón mediante las votaciones del senado, se ocuparía inmediatamente en hacer redactar una constitución adecuada á las necesidades y á las luces del siglo.

Entendidas así las cosas, Mr. de Talleyrand tomó en su calidad de alto dignatario y de vicepresidente del senado, la resolución de convocar este cuerpo para el 1.º de abril, día siguiente á la entrada de los aliados, con el fin de suplir la falta de la autoridad pública. Aunque habían llamado á muchas puertas, y habían visitado á muchos senadores, el número de aquellos que habían abandonado la capital con María Luisa, ó que por sus funciones estaban cerca de Napoleón, sobre todo el número de los timoratos, era tan grande, que de los ciento cuarenta senadores apenas pudieron reunirse setenta. A las tres estaban en sesión, esperando con resignación lo que iban á proponerles. En un discurso bastante mal escrito por el abate de Pradt, Mr. de Talleyrand les dijo que estaban llamados á acudir en socorro

de un *pueblo abandonado* (modo de fundar en la marcha de la regente la resolución que se trataba de tomar), y á atender á la necesidad más indispensable de toda sociedad, la de ser gobernada; que estaban, pues, invitados á crear un gobierno provisional que tomara las riendas de la administración actualmente abandonadas. Á este discurso pronunciado con la indolencia ordinaria de Mr. de Talleyrand, y escuchado con profundo silencio, nadie presentó ninguna objeción.

Pero los miembros de la oposición liberal pidieron inmediatamente que la obra de ese gobierno provisional no se limitara solamente á posesionarse de la administración del Estado, que nadie dirigía en aquel momento, sino que se extendiera á redactar una Constitución que consagrara los principios de la revolución francesa, y un seductor, apostado para alucinar á sus colegas, se apresuró á añadir que el senado y el cuerpo legislativo deberían ocupar el lugar de los altos cuerpos políticos en la futura Constitución. Pusiéronse de acuerdo recíprocamente sobre estas proposiciones y quedó entendido que el gobierno que se iba á nombrar, después de haberse apoderado del poder, procedería inmediatamente á la redacción de una Constitución. Convenidos estos puntos, era preciso pensar en componer este gobierno, calificado de provisional. Inútil es decir que su número, así como la elección de los individuos, todo se había decidido de antemano en casa de Mr. de Talleyrand. En atención á que el número de tres no correspondía suficientemente á las diversas necesidades de las circunstancias, adoptaron el de cinco, y en cuanto á las personas, habían buscado entre los amigos de Mr. de Talleyrand á los hombres que, aunque sometidos á éste, tenían útiles relaciones con los diferentes partidos. Bajo este concepto reunieron cuatro personas á Mr. de Talleyrand, jefe indicado del nuevo gobierno. La primera fué el duque de Dalberg, poco conocido en Francia, pero que era el colaborador más antiguo, activo y hábil de la sorda trama que actualmente estallaba á la luz del día, y que además estaba ligado íntimamente con los príncipes y los ministros extranjeros, que eran los apoyos necesarios de la nueva revolución. Imaginada esta elección para la diplomacia extranjera, era menester otra para el ejército. Pensaron en el anciano Beurnonville, oficial de los primeros tiempos de la revolución, medianía benévola y voluble, que hacía poco se compadecía con Mr. de Lavalette de las desgracias de Napoleón, y en la actualidad se indignaba contra sus faltas en casa de Mr. de Talleyrand; hombre que, por lo demás, tenía grandes relaciones de amistad con la mayor parte de los descontentos del ejército. Sin salir de los amigos de Mr. de Talleyrand, esencialmente moderados, era preciso corresponder lo más posible á las necesidades de los partidos; y en este supuesto, designaron á Mr. de Jaucourt, hombre afable, antiguo constituyente, ilustrado y liberal, que había pertenecido á la minoría de la nobleza, y que era un buen representante de los hombres que querían unir los Borbones y la libertad. Por último, para que el realismo, importante influencia del momento, tuviese su parte también, eligieron el abate de Montesquiou, uno de los presidentes de la Asamblea constituyente, que había sido durante el imperio corresponsal secreto de Luis XVIII, hombre á la vez de mundo y de iglesia, que no decía la misa, frecuentaba los salones,

conservaba más de una preocupación política, aunque afectaba no tener ninguna preocupación religiosa; instruido, original, independiente, pero activo é irascible, adoptado en el día casi como accesorio, y destinado á ser muy luego el personaje principal, porque á la ventaja de representar un poder que se engrandecía de hora en hora, juntaba la de ser entre los miembros del nuevo gobierno el hombre que tenía los sentimientos más pronunciados.

Como ya hemos dicho, estas elecciones se habían hecho en casa de Mr. de Talleyrand. El senado se formó en grupos, se las comunicaron de boca en boca y las confirmaron por votación, sin tener ideas de recusar un solo nombre de aquellos que habían sido propuestos. Una vez tomadas estas resoluciones, Mr. de Talleyrand dejó á los senadores el cuidado de redactarlas en términos oficiales, y se volvió á su casa, donde le esperaban los numerosos cortesanos de su nueva grandeza, todos ellos convencidos de que llamaría á los Borbones y los dominaría después de haberlos llamado.

Los hombres que se acababan de designar podían constituir un gobierno nominal, con los diversos matices del día, pero no un gobierno efectivo, capaz de administrar los negocios públicos. Para procurarse un gobierno así, era preciso componer un ministerio. Mr. de Talleyrand, apenas llegado á su casa de vuelta del Luxemburgo, reunió á sus colegas y se ocupó en buscar ministros. Dos de ellos urgían, el de Hacienda y el de Guerra, pues era preciso hacerse con dinero y quitarle el ejército á Napoleón. Para Hacienda se hizo una elección que eternamente deberá aplaudir la Francia, cual fué la del barón Luis, hombre vehemente y vigoroso, que comprendía mejor que nadie en aquella época el poder del crédito, poder fecundo, único capaz de cicatrizar las heridas de la guerra y de reemplazar el genio creador de Napoleón. Para la Guerra cedieron demasiado á la pasión del día, é hicieron un nombramiento que desgraciadamente tenía todo el carácter de una reacción, al llamar para este ministerio al general Dupont, víctima infortunada de Bailén. En los últimos tiempos, más de una vez habían pensado en las brillantes hazañas del general Dupont durante los años 1805 y 1806; se habían condolido de sus inmerecidas desgracias, y desde que empezaron á censurar á Napoleón en secreto sin dejar por eso de adularle en público, habían dicho en voz baja que el general Dupont había sido la víctima designada para engañar la opinión sobre las faltas de la guerra de España. Creyeron equivocadamente que esta elección acusadora para Napoleón, aunque reparadora con respecto al ejército, agradaría á éste, y no comprendieron que por el contrario le irritaría. Mr. de Talleyrand, uno de los jueces del general Dupont, le envió á buscar á Dreux, donde estaba prisionero. También llamaron á un administrador imperial, hombre de mucho talento, que recientemente se había distinguido por sus vivos epigramas contra el imperio, y le encargaron el ministerio del Interior. Este administrador era Mr. Beugnot. El de la Justicia se confió á un magistrado respetable y liberal, Mr. Henrión de Pancey; el de Marina á un consejero de Estado en desgracia, estimable y laborioso, Mr. Malouet; y el de Relaciones exteriores á un diplomático instruido, extraño á los partidos, y dotado de la moderación ordinaria de su profesión, Mr. de Laforest.

La policía, bajo la forma de dirección general, fué confiada á un empleado de este ramo, Mr. Angles, amigo secreto de los Borbones, y la dirección de Correos quedó á cargo de un enemigo subalterno de Napoleón, Mr. de Bourrienne, su antiguo secretario, alejado de su gabinete por motivos ajenos á la política.

A estos nombramientos, unos excelentes, otros medianos ó deplorables, añadieron otro perfectamente entendido. La guardia nacional, muy bien compuesta, había observado una conducta á la vez firme y honrosa, y merecía que la demostraran mucha consideración; diéronle, pues, un comandante digno de ella, el general Dessoles, antiguo comandante de estado mayor de Moreau, hombre de carácter resuelto, de talento agudo y cultivado, antes republicano, hoy partidario de la monarquía constitucional, y que reunía el doble carácter militar y civil, que conviene al que está á la cabeza de una tropa que llaman milicia ciudadana.

Estos diferentes funcionarios no recibieron más que un título provisional, como el del gobierno que los nombraba, y fueron calificados de *comisarios delegados para la administración* de la Justicia, de la Guerra, del Interior, etc. Con el nombramiento se les dió orden de ocupar sus puestos al instante, para emprender el despacho de los negocios lo más pronto y lo más completamente que pudieran. Tenían, pues, un gobierno á quien dirigirse, con el cual podían tratar los soberanos y del que iban á valerse para arrancar á Napoleón lo que le quedaba de poder militar y civil en Francia. Instituir un gobierno provisional era declarar que el de Napoleón ya no existía, y este paso era considerable. No se habrían atrevido á darlo sin el apoyo de las doscientas mil bayonetas extranjeras que ocupaban París. Sin embargo, este resultado no calmaba la impaciencia de los realistas, poco numerosos aún, pero llenos de celo, que se agitaban en la capital y que á falta de fuerza numérica tenían en su favor el imperio de las circunstancias. Habrían querido que se proclamara al instante á los Borbones, y atormentaban sin tregua á Mr. de Talleyrand y á Mr. de Montesquiou para que tomaran sobre este punto un partido decidido y que, sin transición y sin demora, declararan á Luis XVIII único soberano legítimo de la Francia, que no había dejado de reinar desde la muerte del infortunado Luis XVI. Tanta prisa no convenía ni á los cálculos de Mr. de Talleyrand, que no quería á los Borbones sin condiciones, ni á su carácter, que tenía por norma la lentitud, ni en fin, á su prudencia, que veía aún antes de llegar á esto muchos obstáculos que superar. A todos los impacientes oponía sus armas ordinarias, la lentitud y el desdén, y creía poderles decir, lo que era verdad, al menos durante algún tiempo, que á él sólo concernía el arreglar el movimiento de las cosas.

Desengañados por esta parte, los realistas se habían dirigido al consejo municipal de París y al estado mayor de la guardia nacional. En ambas corporaciones había grandes propietarios, negociantes y miembros distinguidos de las profesiones liberales; por consiguiente, debían encontrar allí grandes partidarios del realismo. Con efecto, los hallaron en el consejo municipal, y un abogado de talento, hombre de más brillo que profundidad, Mr. Bellart, redactó una manifestación á los parisenses, en la cual enumeraba en un lenguaje virulento lo que

los partidos llamaban entonces los crímenes de Napoleón; lo que la historia, más justa, llamará sus faltas, algunas por desgracia muy culpables é irreparables casi todas. Después de esta larga enumeración, Mr. Bellart proponía la destitución de Napoleón, añadiendo resueltamente que la Francia no podía salvarse más que arrojándose en los brazos de la dinastía legítima, y que los miembros del consejo municipal, á pesar del peligro que pudieran correr, se creían en el deber de proclamarlo á la faz de sus conciudadanos. Esta manifestación fué adoptada por unanimidad. La deliberación había tenido lugar en presencia de Mr. de Chabrol, que debía á Napoleón su elevación repentina, pues pasó de golpe de la prefectura de Montenotte á la del Sena. Éste habría podido oponerse, y, sin embargo, creyó haber conciliado sus deberes hacia Napoleón, á quien debía favores, y hacia los Borbones, á quienes amaba, al declarar que sus convicciones estaban conformes con la manifestación propuesta, pero que su gratitud le impedía firmarla. El documento, revestido de la firma de todos los miembros presentes del consejo municipal, fué fijado por carteles en París en la misma tarde del 1.º de abril, justamente cuando el senado instituyó al gobierno provisional. Al mismo tiempo fueron al palacio de Talleyrand para obtener del gobierno provisional que la diera á luz en el *Moniteur*. Mr. de Talleyrand se incomodó con esta impaciencia que, según dijo, podía echarlo á perder todo. Sus colegas, excepto Mr. de Montesquiou, fueron del mismo parecer, y se contentaron con permitir su publicación en las calles de la capital, sin darla cabida en el *Moniteur*.

La tentativa no fué tan feliz cerca del estado mayor de la guardia nacional. El general Dessoles, que acababa de ponerse á su cabeza, se había decidido sin vacilar por los Borbones, aunque queriendo, sin embargo, que estuvieran ligados por una sabia constitución. El general se prestó á los esfuerzos que fueron intentados para que se pusiera la escarapela blanca á la guardia nacional; pero les detuvo la resistencia que encontraron, particularmente en el comandante del estado mayor Mr. Allent, tan conocido y tan estimado durante treinta años, como el miembro más ilustrado del consejo de Estado. En esta guardia había, con muchas luces, prudencia y amor al orden, y sobre todo con mucha animosidad contra las faltas de Napoleón, un gran sentimiento de patriotismo. Se avergonzaba de ver al enemigo en el seno de la capital; parcialmente se había batido en las barreras, y se habría batido en masa si le hubiesen dado armas, sobre todo si la regente no la hubiese abandonado, y habría rivalizado con el pueblo en la defensa de París. Sin desaprobación á los que procuraban reemplazar un gobierno que se había hecho insostenible é imposible, veían con una especie de repugnancia que esa obra se emprendía á medias con el extranjero, y se necesitaba mucho tino para conducirla seguidamente de la destitución de Napoleón á la proclamación de los Borbones. Al cabo de algunas tentativas se conoció que no era posible apresurarse demasiado, pues se exponían á chocar con sentimientos honrados, sinceros y demasiado vivos todavía.

Esta fué una lección para los impacientes, y una fuerza para la gente de prudencia, que, como Mr. de Talleyrand, no estaba por que se caminara tan de prisa. Aca-

baba de llegar á París uno de los miembros más ardientes del partido realista y de los más útiles en aquel momento, queremos hablar de Mr. de Vitrolles, despachado como sabemos al campo de los aliados, admitido cerca de los soberanos después de la ruptura del congreso de Chatillón, y enviado en seguida á la Lorena para dar al conde de Artois buenos consejos y prepararle así al papel que la Providencia parecía destinarle. La elección para enviar al príncipe consejos de prudencia no era de las mejores quizá, pero Mr. de Vitrolles, hombre de talento, familiarizado largo tiempo hacía con Mr. de Talleyrand y con Mr. de Dalberg, estaba convencido de que no se podía alcanzar sin ellos lo que se deseaba, ni tampoco gobernar sin ellos. Era verdad en cuanto á las personas, si no lo era aún en cuanto á las cosas, y una verdad podía conducir á la otra. Mucho trabajo le costó á Mr. de Vitrolles al llegar á Nancy el encontrar al príncipe, obligado á esconderse todavía, y le había llenado de alegría cuando le dió á conocer las recientes resoluciones de los soberanos y las razones que había para esperar un próximo cambio en el estado de las cosas en Francia. La noticia de la batalla del 30 de marzo había cambiado esta esperanza en certeza. El príncipe, que en su satisfacción lo oía y lo concedía todo fácilmente, no había puesto objeciones á nada. Rodearse de hombres que se habían hecho ilustres y que eran poderosos, y tratar bien al ejército, le parecía muy natural. Además, repetía con frecuencia: «Yo he conocido mucho al obispo de Autún, hemos pasado juntos algunos años de nuestra juventud, y estoy seguro de que conserva hacia mí los sentimientos de amistad que yo no he dejado de profesarle.» En efecto, el conde de Artois, cuando era joven y amigo de placeres, había encontrado á Mr. de Talleyrand haciendo y pensando bajo sus hábitos sacerdotales lo que hacía y pensaba el príncipe con su traje de noble. Es verdad que el conde de Artois se había arrepentido de esto y Mr. de Talleyrand no; pero estos recuerdos formaban entre ellos ciertos lazos que no les eran desagradables. Mr. de Vitrolles, al asegurar al príncipe que encontraría en Mr. de Talleyrand sentimientos iguales á los suyos, le había recomendado mucho, sin embargo, que no le llamara obispo de Autún, y se esforzó por grabar en su memoria que el obispo de Autún, secularizado y casado, se había convertido en príncipe de Benevento, alto dignatario del imperio y presidente del senado. Advertido entonces el conde de Artois, llamaba á Mr. de Talleyrand príncipe de Benevento; pero un instante después le llamaba otra vez obispo de Autún, se corregía de nuevo, caía en la misma falta, y en estas cosas insignificantes daba ya el ejemplo de aquella fatal memoria de la que nada había salido, en la que nada debía penetrar y que otras dos veces más iba á provocar su caída y la de su augusta raza (1).

Por el momento, lo más importante era colocar en su derredor hombres del imperio que consintieran en entregar el imperio á los Borbones, y sobre este punto Mr. de Vitrolles y el conde de Artois naturalmente habían estado de acuerdo. Únicamente el príncipe

(1) No me gusta la caricatura en la historia, y no quiero hacerla aquí, pero cuento este detalle porque me parece característico, porque se encuentra en las Memorias interesantes, bien escritas y, seguramente, sinceras de Mr. de Vitrolles. (N. del A.)

quería entrar en París en seguida, para hacer reconocer allí su título de lugarteniente general del reino, como emanado exclusivamente de su hermano Luis XVIII, el cual no había salido aún de Hartwell, residencia situada en los alrededores de Londres. Mr. de Vitrolles abundaba en este parecer tanto como el príncipe, y había vuelto á París con la misión de negociar esta entrada inmediata y este reconocimiento sin restricciones del referido título. Como hemos dicho ya, en el camino se había visto expuesto á los más extraños accidentes; había sido preso con Mr. de Wessenberg, soldado con él, y luego llegado á París, había caído súbitamente en medio del palacio San Florentino, en el mismo momento en que, ocupándose muy poco del conde de Artois, pensaban en desembarazarse sucesivamente de los lazos que ligaban aún á los hombres y á las cosas del imperio. Estos lazos, aunque flojos y casi rotos, tenían que romperse definitivamente, y para esto era preciso aún un poco de tiempo.

El senado, después de haber instituído un gobierno provisional, se preparaba á herir á Napoleón con la destitución, pero no quería sin constitución alguna entregarse á los Borbones. Mr. de Talleyrand, que participaba de este parecer, prometía al cabo de veinticuatro horas á todos los senadores que así sería, y además el emperador Alejandro, sinceramente prendado de las ideas liberales, con la entera buena fe que caracterizaba á sus primeras impresiones, se decía que era preciso dar á la Europa no solamente la paz, sino la libertad, y empezar por la Francia. Otras cosas había que hacer, pues, en aquellos dos ó tres primeros días antes que recibir con los brazos abiertos al conde de Artois; había que romper definitivamente con Napoleón, destituyéndole, había que determinar la forma del futuro gobierno, que redactar una constitución y que imponerla como condición del nuevo reinado.

Grande fué la sorpresa del conde de Artois. Mr. de Vitrolles era impetuoso por naturaleza, muy amigo de mezclarse en las cosas más altas, aun en aquellas que eran superiores á su posición; se envanecía de los peligros que había corrido, y estaba muy orgulloso de su nueva importancia. Dotado de una inteligencia notable, conocía muy bien que los Borbones no podían reinar como en otros tiempos; pero la pretensión de imponerles condiciones, cualesquiera que fuesen, escritas ó sobrentendidas, le confundía de asombro y de indignación (sentimiento en que abundaban entonces los corazones de todos los realistas), y se habría propasado con palabras inoportunas, si la grandeza de todo lo que tenía ante sus ojos no hubiese contenido su fogosidad. Sin embargo, comprendió que antes de recibir al príncipe bajo cualquiera condición que fuese, era preciso destruir á Napoleón que todavía no lo estaba; que era preciso conducir á esta resolución á un alto cuerpo, el senado, el cual, aunque poco estimado del público, contenía en sí los mejores restos de la revolución francesa y estaba armado con sus grandes principios; en fin, que era preciso consumir esta obra delante de un ejército que mandaba Napoleón en persona. En presencia de las dificultades que había que vencer, Mr. de Vitrolles se calmó un poco, pero continuó apremiando á todo el mundo: decía y repetía que el conde de Artois estaba allí impaciente por llegar, impaciente por mani-

festar su gratitud á Mr. de Talleyrand y á Mr. de Dalberg, y que decorosamente no podían hacerle esperar demasiado tiempo.

Mr. de Talleyrand opuso á esta impaciencia lo que oponía á todos los choques inoportunos, su indiferencia burlona, diciendo lentamente, después de haber mirado aquí y acullá con ojos distraídos, que era preciso ver; que quedaban muchas cosas que hacer antes de llegar á la felicidad de arrojar en los brazos del conde de Artois, y que en fin se ocuparían de esto lo más pronto que fuere posible. Mr. de Vitrolles oyó de boca de Mr. de Dalberg palabras mucho más capaces de helar su entusiasmo, si éste hubiese sido menos ardiente. Mr. de Dalberg era de los más decididos contra Napoleón, pero de los más resueltos contra el restablecimiento incondicional de los Borbones. Era francés liberal, y no ocultaba á nadie sus sentimientos. «No se trata de marchar de prisa, decía á Mr. de Vitrolles, sino de marchar con seguridad. Nada hay fácil aquí, cuesta un trabajo increíble obtener que se pronuncie la destitución definitivamente. Napoleón intimida aún á todo el mundo. No se puede emplear más que al senado. El senado, vencido por los acontecimientos, se rendirá, pero exigiendo garantías, y tendrá razón. Por otra parte, el emperador de Rusia, por quien aquí se hace todo, piensa como el senado. Este príncipe no acepta con gusto á los Borbones y es de parecer que se tomen muchas precauciones al volver la Francia á sus manos. Tened paciencia y no queráis coger el fruto antes que esté maduro.» Por irritante que pareciese á Mr. de Vitrolles este modo de proceder, fué preciso que se sometiera.

Por lo demás, no habían perdido nada de tiempo. El 31 de marzo habían recibido á los soberanos extranjeros y les habían hecho decidir que no tratarían más con Napoleón ni con ningún miembro de su familia; y el 1.º de abril habían formado un gobierno provisional, y permitido que se hiciera publicar en París la manifestación del cuerpo municipal en favor de los Borbones. Estaban en la mañana del 2 de abril, de modo que no había habido un instante que no se hubiese empleado en alguna cosa. Pero había llegado la hora de pasar al acto esencial y decisivo, el de pronunciar la destitución de Napoleón. Establecer un gobierno provisional era declarar implícitamente que habían dejado de reconocer el gobierno de Napoleón, pero era preciso declararlo explícitamente, y después de haber dado el primer paso, el senado ciertamente no podía negarse á dar el segundo. No obstante, si se veían algunos senadores que deseando ponerse en evidencia hablaban y obraban vivamente en el sentido de las cosas del día, la masa de ellos estaba consternada, silenciosa é inactiva, y aunque dispuesta á pronunciar la destitución de Napoleón, pedía con los ojos, si no con la voz, que se encargaran de formular la sentencia, á fin de no tener que hacer más que estampar su firma. Pero había en el senado algunos personajes menos escrupulosos, y más inclinados aún á darse á conocer, y eran los antiguos miembros de la oposición, que ordinariamente se reunían en Passy, donde, bajo la inspiración de Mr. de Sieyes, se desataban en censurar todos los actos del emperador, por desgracia con mucho fundamento. Al cabo de doce años de opresión sus corazones necesitaban desahogo. Mr. de

Talleyrand, que, en los últimos tiempos, había ridiculizado al imperio por su propia cuenta, sin estar de acuerdo con la oposición de Passy, pensó dar rienda suelta á sus resentimientos, y dejarla proponer y redactar el acta de la destitución. El cometido recayó en Mr. de Lambrechts, hombre honrado, sencillo y valiente, que no pensaba más que en ser útil, sin indagar si era un instrumento de personas más astutas que él. La noche del 2 de abril se consagró á preparar la destitución, prometiendo á los que se encargaban de esta obra el ocuparse inmediatamente de la Constitución, condición formal y reconocida del restablecimiento de los Borbones.

El mismo día en que debía procederse á este acto, Mr. de Talleyrand presentó el senado al emperador Alejandro. Este monarca, ocupado únicamente en agradar á los parisienses, se había paseado á pie por en medio de ellos, acariciándoles con sus miradas, arrancándoles saludos por su buena fisonomía y una seductora afabilidad, pronunciando acá y acullá los dichos más felices, asegurando á todos que admiraba á los franceses y les quería; que no les imputaba en manera alguna las desgracias de la Rusia; que no intentaba vengarse de ellos, sino, por el contrario, hacerles todo el bien posible; que no se consideraba como su vencedor, sino como su libertador, y que sabía muy bien que si había triunfado de su resistencia era porque ellos sentían y pensaban como él y tenían horror al yugo que habían venido á romper los aliados.

Estas ideas reproducidas de cien maneras, finas, delicadas y graciosas, habían producido su efecto; y desarmado el orgullo nacional ante un vencedor tan solícito por complacer á los vencidos, se habían sonreído á sus caricias, se las habían devuelto, y es certísimo que Alejandro se había convertido de repente en el personaje más popular de París. Único hombre mirado, buscado y solicitado por los parisienses, esos dispensadores de la gloria en los tiempos modernos, estaba embriagado con su triunfo, y dispuesto á pagarlo haciendo á la Francia todo los servicios compatibles con la ambición rusa.

En la tarde del 2 de abril le presentaron el senado. Alejandro recibió al alto cuerpo con la más cumplida cortesía; le repitió que se había armado, no contra la Francia, sino contra un hombre; que había admirado cómo los franceses se batían aun á pesar suyo; que veía con gran placer la conclusión de tan horrible lucha, y que en prueba de su satisfacción y de la esperanza que tenía de no verla renacer, acababa de ordenar pusieran en libertad inmediatamente á los prisioneros franceses detenidos en la vasta extensión de su imperio. El senado, contento con todo lo que podía cubrir su sumisión, dió las gracias más vivas á Alejandro por este acto de magnanimidad y le prometió ayudarle por su parte á las desgracias de la Francia y del mundo.

En ese mismo día, el senado pronunció definitivamente la destitución de Napoleón. Esta resolución, formulada en dos artículos esenciales, decía que quedaba abolida la soberanía hereditaria establecida en la persona de Napoleón y de sus descendientes, y que todos los franceses quedaban libres del juramento que le habían prestado. Una vez presentada la proposición, no podía menos de ser aprobada por unanimidad. Lo fué

en efecto, sin ninguna resistencia y con una especie de silencio grave y triste, como una sentencia del destino dada en otro lugar más alto que el senado, más alto que la tierra. Sólo estaban satisfechos, de un modo visible, los antiguos miembros de la oposición. Por esto fueron encargados de redactar el preámbulo de este acto capital. Mr. Lambrechts aceptó esta misión, y hablando por el senado, como habría podido hablar por sí, propuso esta exposición de motivos: Napoleón había violado todas las leyes en cuya virtud había sido llamado á reinar; había oprimido la libertad privada y pública, encerrado arbitrariamente á los ciudadanos, impuesto silencio á la prensa, reclutado hombres y sacado impuestos contra todas las formas ordinarias, derramando la sangre de la Francia en guerras locas é inútiles, cubierto la Europa de cadáveres, sembrado los caminos de heridos franceses abandonados; finalmente, había llevado la audacia hasta al punto de no respetar el principio de la votación, impuesto por la nación, exigiendo las contribuciones del mes de enero último sin el concurso legislativo, hasta el punto de no respetar siquiera la *cosa juzgada*, haciendo anular en el año anterior la decisión del jurado de Amberes. Por estos motivos, Napoleón debía quedar excluído del trono y sus descendientes con él.

Mr. Lambrechts había parecido olvidar que si la libertad individual y la libertad de la prensa habían sido sacrificadas, al senado le había tocado impedirlo, puesto que se hallaba encargado del examen de los actos extraordinarios relativos á las personas y á los escritos; que si se habían hecho sin cesar quintas repetidas para llevar á cabo guerras locas, debía culparse de esto á sí mismo, pues él las había votado sin decir palabra de 1804 á 1814; que si en el levantamiento de hombres y en el cobro de contribuciones se habían violado las formas, también él tenía la culpa, pues las votaciones de hombres y dinero habían pasado del cuerpo legislativo al senado con el consentimiento de este último y en violación de las constituciones imperiales; que, por último, si recientemente no se había respetado la cosa juzgada, también él tenía la culpa, puesto que había consentido en anular la decisión del jurado de Amberes; pero al olvidar el honrado Mr. Lambrechts todos estos hechos, presentes sin embargo en todas las memorias, libertó al senado de un peso, como si hubiese estado delante un público tan olvidadizo como él. Por lo demás, la exposición de motivos había encontrado la misma adhesión silenciosa que el acto principal, y tanta prisa tenían para proclamar el resultado, que, á fin de no perder tiempo, anunciaron por medio de carteles fijados en París la declaración de destitución, dejando á los antiguos miembros de la oposición que la motivaran como quisieran.

Desde aquel momento el acto esencial estaba consumado, y al pronunciar la destitución, habían libertado á los franceses de su juramento á Napoleón y á su familia. Sin embargo, romper los lazos legales que encadenaban á la Francia á la dinastía imperial no era todo aún, sino que era preciso quitar á Napoleón los medios de recuperar el cetro arrancado de sus manos, y aunque se hallaban al abrigo de doscientos mil hombres, un sentimiento de espanto se difundía á veces entre los autores de la resolución que en la actualidad se llevaba